

ARKHAM
HORROR

ORÍGENES OSCUROS

ANTOLOGÍA VOLUMEN DOS

RICHARD LEE BYERS • CHRIS A JACKSON

minotauro

ARKHAM HORROR

ORÍGENES
OSCUROS

Antología, Volumen Dos

RICHARD LEE BYERS
CHRIS A. JACKSON

minotauro

Orígenes oscuros: Antología, Volumen Dos

Published by Aconyte Books, 2021
Copyright © 2024 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y / o sus afiliados.
Reservados todos los derechos.

Originally published as *Dark Origins (The Collected Novellas, Volume One)*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Laura Vázquez, 2023
Imagen de cubierta: Anders Finér

ISBN: 978-84-450-1683-1
Depósito legal: B. 13.419-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

<i>La cólera del vacío</i> de Richard Lee Byers	7
<i>La puerta de las profundidades</i> de Chris A. Jackson	143

PARTE UNO

El granero

CAPÍTULO UNO

Norman Withers estaba acostumbrado a los asientos vacíos: no era un profesor muy popular, tampoco pasaba lista y sus clases eran redundantes acompañadas del libro de texto. Sin embargo, ese día el aula estaba más vacía de lo habitual y no se le ocurría ninguna razón para ello.

—Señor Davison —dijo dirigiéndose hacia un estudiante perpetuamente sudoroso e inquieto que nunca se perdía ni una sola de sus clases (ni, seguramente, la de ningún otro profesor).

Este dio un respingo, como si le hubieran pillado haciendo algo reprobable en lugar de prestar una atención minuciosa al tiempo que tomaba numerosas notas.

—¿Sí, señor? —chilló.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Sucede algo hoy?

—Bueno, señor, Claus Schmidt está dando una conferencia como invitado y creo que algunos han ido a escucharle. —El chico se encogió de miedo como si temiese que Norman fuera a sentirse ofendido y desquitarse con él.

La verdad es que, incluso si el profesor se hubiera mostrado interesado en hacerlo, estaba demasiado conmocionado por el hecho de no haber oído nada de aquello como para molestarse en responder de una forma tan vindicativa. Quizás, tal y como le habían repetido infinidad de veces las secretarías, no debería revisar su angosto buzón de la facultad solo los días de pago.

—¿Es el Claus Schmidt que creo que es? —preguntó—. ¿El que colabora con Albert Einstein?

Si era así, se trataba del físico ampliamente reconocido como

el brillante y joven protegido de Einstein. Aunque seguía trabajando en su doctorado, Schmidt había participado en la expedición de Eddington que obtuvo verificaciones observacionales de la relatividad general y desde entonces había ayudado al propio Einstein a calcular la constante cosmológica y fundar la cosmología relativista. Era extraordinario que una celebridad así (y encima europea) se hubiera materializado de pronto en Arkham, Massachusetts.

—Sí, señor —respondió Davison.

—¿Y dónde está? ¿En el gran auditorio del edificio de Ciencias?

—Sí, señor.

—La clase ha terminado.

Norman salió corriendo del aula adelantándose a cualquiera de sus alumnos, pasó por delante de los cimientos del nuevo observatorio y atravesó el patio interior de la Universidad Misakatonik volando entre sus arcos plateados y sus sicómoros. Los jóvenes académicos que paseaban o se apoltronaban en los bancos esbozaron una sonrisa de suficiencia o rieron al verlo pasar velozmente por su lado.

La actitud divertida de los alumnos le alentó a esconderse en uno de los baños masculinos del edificio de Ciencias para intentar adecentarse, donde el espejo le devolvió la imagen de un hombre desaliñado. Su barba blanca y rala necesitaba un corte y su pelo apuntaba en todas las direcciones. Además, tenía la corbata suelta y torcida y su traje de *tweed* llevaba semanas sin plancharse.

Ya era demasiado tarde para remediar todo aquello, pero haría cuanto estuviera en su mano. Hurgó en su bolsillo y descubrió que no tenía ningún peine, así que se alisó el pelo con la mano, se arregló la corbata y enderezó sus solapas antes de dirigirse al auditorio. Justo cuando extendía la mano hacia la puerta, oyó una carcajada procedente del otro lado. Al parecer, el joven físico aderezaba sus ponencias con una pizca de humor.

Norman encontró un sitio en la parte trasera del salón de actos, desde donde vio que Claus Schmidt era un joven robusto y de aspecto alegre ataviado con una chaqueta de Lindbergh sorprendentemente elegante para un científico. Su inglés era excelente, únicamente tenía un ligero acento, y claramente disfrutaba de emplear expresiones coloquiales por cómo colaba términos como «vacilar» o «memeces» en su discurso.

La jerga, unida a las bromas y a su actitud animada y amable, hacía que el tema pareciese mucho más accesible. En esos momentos estaba hablando sobre el intento de Theodor Kaluza de extender la relatividad general a cinco dimensiones: una materia ininteligible cuando menos, aunque claramente tenía toda la atención de su público.

El académico concluyó con un entusiasta aplauso y gran parte del público se levantó de su asiento y se dirigió hacia la parte delantera del auditorio para felicitarle. Aunque trató de no ser demasiado grosero, Norman suscitó miradas cargadas de odio y quejas a medida que se apretujaba entre la multitud para avanzar entre empujones. No quería que el físico desapareciese por una de las salidas laterales antes de que lo alcanzase.

—No vine aquí con la intención de dar una conferencia —dijo el alemán mientras se acercaba al podio—. Espero no haberla liado.

El profesor Grant sonrió mientras su coronilla calva resplandecía y sus gafas se escurrían por su prominente nariz.

—Ha sido maravilloso. ¿Podemos invitarle a comer? La carne asada del club de la facultad es excelente.

—*Danke* —respondió Schmidt—. Gracias, pero debería retomar cuanto antes unos asuntos personales. Si pudieran conseguirme un coche y un conductor...

—¡Yo le llevaré! —se ofreció Norman.

Grant y otros miembros de la facultad se volvieron para mirarle de reojo y el intelectual lampiño se aclaró la garganta.

—Una propuesta muy amable por su parte, profesor Norman, pero ya está todo organizado.

Norman se volvió hacia el joven Schmidt, ataviado con su conjunto a la moda.

—Conozco Arkham y, vaya adonde vaya, le llevaré y recogeré con estilo. Tengo un Stutz Bearcat.

El deportivo era un recuerdo de tiempos mejores en los que él (y su mujer) disfrutaban de ese tipo de derroches.

Los ojos azules de Schmidt se abrieron de par en par.

—¿Es un descapotable?

—Así es.

Al escuchar su respuesta, el físico se volvió de nuevo hacia Grant.

—Gracias por todo, pero ya que el profesor... ¿Norman, dice?, se ofrece, puede que acepte la propuesta.

Grant hizo una mueca.

—Bueno, si hubiera algún problema... es decir, si necesitase otro conductor por la razón que fuera, hágamelo saber.

CAPÍTULO DOS

Norman llevaba años sin bajar la lona del Bearcat, pero aquel era un día tranquilo y soleado de septiembre y a su compañero le emocionaba que el biplaza, con su capó con forma de caseta, fuera un descapotable, así que siguió adelante con el procedimiento aunque apenas se acordase de cómo llevarlo a cabo.

Schmidt guardó una maleta de cuero negra en el maletero antes de entregarle a Norman una lista de direcciones.

—En cualquier orden —dijo—. Como sea conveniente.

No había nada en la lista que indicase por qué al alemán le interesaban esas ubicaciones en concreto, pero Norman supuso que Schmidt le iluminaría a su debido tiempo.

—Podríamos empezar en el Barrio Sur y abrirnos camino hacia el norte —dijo.

En cuanto se pusieron en marcha, Schmidt aprovechó la vista, ahora despejada, para contemplar las casas georgianas de la ciudad con sus cornisas denticulares, los tejados a dos aguas o abuhardillados y sus chimeneas dobles.

—Espléndido —comentó.

—Supongo que sí —respondió Norman—, al menos por ahora.

Cuando él pensaba en Arkham, le venían a la mente cielos plomizos, paredes grises y descomposición.

Schmidt se rio entre dientes al oír el tono severo de Norman.

—Dime la verdad, hombre. ¿Por qué ni Grant ni los demás querían que me llevaras? ¿Qué les pica?

Norman hizo una mueca.

—No sé a qué te refieres.

—¡Ya, claro! No te llevas con tus compañeros, ni yo con los que tengo en casa. Por eso he venido contigo. Bueno, por eso y por el coche. Te lo contaré todo, pero te toca desembuchar a ti primero.

Norman tenía que confiarle lo sucedido al joven o Schmidt no podría ayudarlo, pero aun así, se sentía reacio a hacerlo. Era agradable estar acompañado por un colega que no le veía como un excéntrico, por no decir desquiciado, y le dolería perder la buena opinión del físico si se daba el caso.

Con la vista clavada en el parabrisas monóculo para no ver cómo Schmidt reaccionaba a su historia, respiró hondo y comenzó a hablar.

—Soy astrónomo, así que parte de mi trabajo consiste en descubrir y catalogar nuevas estrellas. El 11 de marzo de 1916 encontré seis estrellas apenas visibles en las inmediaciones de Canis Maior cuando, de pronto, todas desaparecieron de repente en cuestión de segundos, literalmente; y nunca volvieron a aparecer.

—Teniendo en cuenta las distancias interestelares —reflexionó Schmidt—, no sé qué fenómeno podría explicar eso.

—Yo tampoco —coincidió Norman—. Ni yo, ni nadie. Todos los demás astrónomos consideraron más plausible que nunca hubiese visto esas estrellas desde un principio. Dijeron que sería cosa de la vista cansada, que habría atisbado manchas o incluso meteoros. ¡Pero yo sé lo que vi!

—Y nunca has podido olvidarlo —adivinó Schmidt.

—¿Tan evidente es? Sí, supongo que nunca dejé de buscar una respuesta, y eso ha arruinado mi reputación como científico. No creo que hubiese podido conservar mi posición en la Miskatonic si no fuera por la titularidad y el hecho de que sigo dedicando tiempo a investigar de forma convencional y a publicar artículos en revistas ocasionalmente.

Podría haber añadido que se había obsesionado con el mis-

terio hasta el punto de echar a perder su matrimonio: al final, Bernadine se había divorciado de él y mudado a Los Ángeles para estar cerca de su hija, pero ¿para qué hurgar en la herida? Con ello solo habría conseguido parecer aún más patético.

—Si las estrellas evanescentes son el eje de tu trabajo y tenías tantas ganas de contactar conmigo —dijo Schmidt—, seguro que crees que puedo ayudarte de alguna forma.

—Sí. Tú, junto a Einstein y vuestro círculo, estás descubriendo nuevas verdades revolucionarias sobre el funcionamiento del universo. Esperaba que, si te convencía para tener en cuenta mis descubrimientos, pudieras ofrecerme alguna idea novedosa.

—He de confesar que no se me ocurre nada. Pero me estás ayudando con mi investigación, así que creo que lo justo es que después le eche un buen vistazo a la tuya. Ya veremos a ver si puedo contribuir de algún modo.

Norman vaciló.

—Espero que no solo me estés siguiendo la corriente. Si crees que estoy desvariando, puedes decirlo.

—No es el caso, o al menos no lo doy por sentado. Después de que me dijeran que mi propia línea de investigación es una sarta de sandeces, prefiero no desestimar tan a la ligera las ideas de los demás.

Norman tiró del freno en uno de los cuatro semáforos de Arkham, erigido dos años atrás.

—¿Y cuál es esa línea de investigación? He de admitir que me desconcierta que un problema de física se investigue mejor conduciendo por el condado de Miskatonic que en tu laboratorio de Berlín.

—¿Hasta qué punto conoces la relatividad general?

—Bastante. Tu disciplina es relevante para la mía.

El semáforo se puso en verde y Norman esperó a que un carro tirado por caballos se alejase del cruce para poner en marcha el Bearcat.

—Entonces sabrás que la teoría relaciona la curvatura del espacio-tiempo con la densidad de la masa en las inmediaciones. Es decir, con la gravedad.

—Sí. Al hacerlo, explica el avance anómalo del perihelio de Mercurio y la desviación de la luz de las estrellas que Eddington observó durante el eclipse solar del 19.

—Exacto. Mi herejía científica fue relacionar la idea de que el espacio-tiempo puede curvarse, torcerse y combarse no solo con lo que observamos en el cielo, sino también con fenómenos que tienen lugar aquí en la Tierra. La gente desaparece de forma misteriosa y a veces incluso aparece de una manera igual de extraña, como almas peculiares que no parecen pertenecer a la época o el lugar en los que son descubiertas. Si existieran discontinuidades, pliegues o agujeros en la estructura de la realidad, la gente podría toparse con ellas y acabar transportada.

Norman frunció el ceño.

—Sin duda, estas desapariciones son leyendas o sucesos que, a falta de conocer todos los hechos, demostrarían tener una explicación mundana.

—Hay muchos más incidentes así de los que creerías en todos los lugares y las épocas, y algunos han sido ampliamente estudiados sin que surgiese ninguna explicación convincente para ellos.

—Bueno... supongo que parece razonable. Pero, salvo que las haya malinterpretado por completo, las ecuaciones de campo de Einstein no admiten las distorsiones extremas que propones. No en un cuerpo con la masa de la Tierra, y no en un punto de la superficie y no en otro.

—Pero ¿y si la relatividad general, por predictiva que sea a cierto nivel, como las leyes de Newton, estuviese igualmente incompleta? —preguntó Schmidt—. ¿Y si hubiese otra cosa, además de la masa, capaz de curvar el espacio-tiempo? Espero demostrar que la hay y que luego la ciencia pueda descubrir qué es y cómo lo hace.

—¿Y puedes demostrarlo paseándote por Arkham?
Schmidt esbozó una sonrisa.

—Eso espero, gracias a tu historia. Puede que no lo sepas, pero, desde que se fundó la ciudad, se han dado numerosas desapariciones inexplicables en ella. Mi plan es recopilar datos en los lugares donde tuvieron lugar.

Norman reflexionó sobre aquello.

—Y esta es tu «herejía científica».

—Einstein está seguro de que no es más que un disparate, pero no puede tener siempre la razón, ¿no?

Quizás no, pero en este caso parecía mucho más probable que fuera el eminente físico el que estuviera en lo cierto en lugar de su pupilo. Norman suspiró al darse cuenta de que Schmidt no podría ayudarle, después de todo. Puede que hubiera sido posible en el pasado, pero no cuando se había entregado a la pseudociencia sin sentido. Tal vez no fuese demasiado tarde para inventarse una excusa, endilgarle el alemán al conductor que el profesor Grant se había ofrecido contratar y aprovechar lo que quedaba de día.

De pronto, el profesor se percató de que estaba desestimando a Schmidt tal y como sus compañeros astrónomos lo habían hecho con él por seguir una línea de investigación que quizás no fuera más improbable que la suya.

¡Maldita sea, él no iba a ser como ellos! No porque creyese que las ideas de Schmidt fueran correctas, sino porque la actitud del joven sí que lo era. Un científico no debería inclinarse ante un argumento de autoridad, incluso aunque fuera Albert Einstein. Debería ir allí adonde le guiase su instinto y reunir pruebas que confirmasen o negasen una hipótesis.

Además, se le había olvidado lo agradable que era conducir el Bearcat un día soleado con la capota abierta. Mientras se lamentaba por ello, llegaron al primer punto de su itinerario.